

EL ECO DE CARTAGENA

Martes 30 de Marzo de 1880.

REVISTA SEMANAL DE CONOCIMIENTOS ÚTILES.

—o—

La Pascua.

Observar la naturaleza y véreis cuan admirables son sus leyes. En el orden físico, al triste invierno si que la alegre primavera, á la esterilidad la abundancia; á las tinieblas la luz; en el orden moral á la tristeza la alegría, á la agitacion la calma, al dolor el placer. Todo se armoniza para despertar la esperanza en el corazon que padece, para ofrecer el premio al sacrificio. A la Cuaresma sucede la Pascua, y precisamente al recordar el drama de la pasion y muerte del Salvador coincide con la Resurreccion, triunfo grandioso del espíritu sobre la materia, la vivificacion en la naturaleza de todos sus tesoros. La primavera con sus hermosos celajes, su aire tibio y embalsamado, su verdura y sus flores, sus músicas y sus encantos parece celebrar todos los años el misterio de la Resurreccion. De aquí que la Pascua sea una de las fiestas más grandes, más solemnes del año; fiesta íntima en el alma y en el seno de la familia, fiestas públicas en las poblaciones y en la Sociedad.

Derivase la palabra *Pascua* de la palabra hebrea *passar* que significa pasage, transicion y designa las circunstancias que acompañaron á la salida de los israelitas de la tierra de Egipto.

Para los cristianos, Pascua significa, júbilo, regocijo. «El Hijo de Dios resucitó al tercer día» dice el Evangelio y este fústo suceso lo celebra la cristiandad, en el templo con las preces, en el hogar, con el festin en que el cordero representa el sacrificio de Jesus.

Tambien los judios celebran la pascua á principio de Abril durante siete dias. Las ceremonias de esta fiesta recuerdan las desdichas de los israelitas durante su cautividad, la salvacion de sus hijos de las iras del ángel exterminador, su paso por el desierto y la libertad del pueblo de Israel.

No es costumbre en esta época dar las Pascuas como sucede en las de Navidad; pero en algunos países y particularmente en Francia desde los primitivos tiempos de la era cristiana, es uso general regalarse entre amigos, los llamados *huevos de Pascua*.

La rigorosa observancia de los preceptos cuaresmales, proscribía antiguamente en este periodo del año el uso de los huevos en la alimentacion. Para indemnizarse de una abstinencia de seis semanas, se llevaban

á la iglesia canastillas llenas de huevos teñidos de violeta ó de encarnado y el sacerdote los bendecía en la misa mayor. Los fieles se obsequiaban mutuamente con los huevos benditos; pero este uso desapareció á mediados del siglo XVIII: aunque se conservó la costumbre de regalarse unos á otros dulces, alhajas y otra porcion de objetos en cajas de carton, más ó menos adornadas y en forma de huevos de mayor ó menor tamaño.

En muchas poblaciones de España se hacen desde tiempo inmemorial unas tortas que ostentan en su centro, sugeto con una cruz de masa, un huevo; y con ellas se obsequian los parientes y amigos. Tienen diversas denominaciones, pero la más general es la de *monas*.

Volviendo á los *huevos de Pascua*, que copiando la costumbre francesa tambien son en Madrid, objeto de regalos entre las personas de la alta sociedad, debo recordar que la fantasia y el lujo, han hecho del modestísimo producto de la gallina una ocasion de presentes espléndidos y hasta ruinosos.

En Paris, por ejemplo, se regala dentro de un huevo, una pulsera, un reloj, un aderezo de brillantes; hay quien llena la cavidad con acciones ú obligaciones, y todavía se recuerda el regalo que un millonario hizo á una deidad á la moda; hará cinco ó seis años. Dentro de un huevo monstruoso iba un magnífico landó y sus asientos estaban llenos de elegantes estuches con preciosas alhajas.

Este recuerdo trae á mi memoria, un episodio del terrible periodo de la *Comunne* parisiense, que contrasta por su belleza moral con el despilfarro de la generosidad desordenada que acabo de citar.

Los lectores no han olvidado que Monseñor Darboy, arzobispo de Paris, fué cogido en rehenes por los comunistas y encerrado en una prision con otros venerables eclesiásticos.

El Domingo de Pascua de 1871, se presentó una anciana de rostro demacrado y vestida de rigoroso luto, al jefe de la fuerza que custodiaba la prision, suplicandole que la permitiera ver al arzobispo.

Su súplica fué acogida con irónica sonrisa:

—Para que quieres verle? le preguntó.

Para darle gracias por los inmensos beneficios que me ha dispensado.

—Lo mejor que puedes hacer ciudadana, es marcharte. Si no fueras una pobre muger, solo por el deseo que manifiestas, te detendria. Vete pues, antes que me arrepienta de mi bondad.

La anciana se retiró, pero volvió en seguida.

—Podrias al menos ofrecer de mi parte este recuerdo á su Eminencia, añadió mostrándole un huevo teñido de encarnado.

—Y que es eso?

—Un huevo de Pascua.

Una carcajada acogió la última frase de la anciana.

—Vaya! te dará gusto... venga ese regalito de beata.

—Dios os lo pague! dijo la infeliz retirándose.

Poco despues llegó un hombre que vestia un uniforme con muchos galones.

—¿H ocurrido algo? preguntó.

—Si, una pobre muger ha traído este regalo para el preso Darboy.

—Bien está... dámelo... y guardando el presente de la anciana en un bolsillo se alejó.

Aquella tarde se reunieron á comer algunos jefes. La comida degeneró en orgia. Entre los comensales se hallaba el del uniforme galoneado y como se habló mucho de religion haciendo mofa de ella, refirió á sus camaradas, para aumentar la burla el episodio de la pobre muger.

—Es necesario ver lo que contiene ese huevo, dijo uno.

—Medallas benditas, sin duda; añadió otro.

Algun rosariol exclamó un tercero.

—O algun plan tenebroso! murmuró otro.

Rompieron la cáscara y hallaron un papel doblado.

—Que se lea! que se lea! gritaron todos.

El papel contenia estas líneas que leyó uno de los circunstantes.

«Monseñor. No habiendo podido veros, empleo esta estratagema para ofrecer os la expresion de la viva gratitud que me inspiran las bondades que os debo. Sin los recursos que me habeis enviado, mis dos hijos enfermos habrian muerto. Ahora están buenos y desean vuestra bendicion. Todos los dias á las dos de la tarde los traeré á la puerta de la prision. Bendecidlos y os deberán dos veces la vida como su pobre madre.»

La lectura fué interrumpida por ruidosas carcajadas.

—La conspiracion no es muy peligrosa, dijo uno.

—Y quien firma esa carta, preguntó otro.

—El nombre no parece francés, Luisa Arpentini.

Al oír este nombre palideció el de los galones y todos se fijaron en él...

—Ese nombre, balbuceó, es el de mi madre, el de mi santa madre á quien abandoné... Oh ¡soy un miserable!

Y levantándose salió precipitadamente.

Algunos dias despues en el momento en que el arzobispo y sus compañeros de martirio iban á ser fusilados, un hombre se acercó á Monseñor Darboy y abrazándole

—Quiero morir con vos, le dijo; bendecidme como habeis bendecido á mi madre y á mis hermanos.

Un instante despues cayó exánime á su lado.

—Pero ese episodio sentimental, dirá el lector, ¿cabe en una revista de conocimientos útiles?

—En la época del año cristiano en que estamos es útil meditar y sentir. Por otra parte cree que el episodio que he contado, es de los que arrancando lágrimas á los ojos llevan al alma dulcísimo consuelo.

DANIEL GARCIA.

Miscelánea.

Los nobles marroquies, enamorados ambos de una hermosa jóven, han tenido un duelo á muerte en las cercanias de Mequinez.

Los contendientes montaban magníficos caballos espléndidamente enjaezados. Dada la señal por los testigos, los combatientes se precipitaron el uno sobre el otro, desapareciendo entre una nube de polvo. Sólo se oyeron varios disparos de pistola.

Cuando la nube se disipó, aparecieron muertos los dos caballos. Los caballeros, heridos ambos, rodaban por la arena buscando el medio de darse el golpe de gracia. Las armas se habian roto, pero los combatientes tuvieron aun fuerzas para aproximarse y comenzar otra vez la lucha á mordiscos. Cuando los testigos se decidieron á intervenir, era tarde. Los dos caballeros habian muerto. Uno de ellos tenia aún entre sus dientes un pedazo de la mejilla de su adversario.

Un farmacéutico de Marsella, dueño de una casa de campo en las cercanias de dicha ciudad, advirtió que los vinos de su bien provista bodega disminuian en alarmante proporcion, sin que, á pesar de sus cuidados, pudiese dar con los aficionados á beber el vino ageno. A fin de coger á estos infraganti, ideó el medio de saturar con ópio multitud de botellas de los mejores vinos y de los licores más exquisitos que tenia en la bodega. Los ladrones bebieron sin desconfianza y al poco tiempo cayeron todos al suelo completamente dormidos. Cuando despertaron se encontraron en la cárcel.

Agotada la semilla de vid americana en el reparto efectuado entre las Diputaciones y los principales vi-